

¿POR QUÉ UNA EDUCACIÓN INTERCULTURAL?

Xavier Besalú

Porque es inaplazable que todos los niños, niñas y jóvenes que residen en España (independientemente de su lugar de nacimiento, de su nacionalidad, de su lengua familiar, de sus prácticas y creencias religiosas, si las tienen, de su nivel de renta...) estén conscientemente y eficazmente preparados para vivir –con libertad, provecho y responsabilidad– en la sociedad española de hoy y de mañana, y en un mundo abierto, interconectado y desesperadamente desigual.

Porque la sociedad española del siglo XXI es, por suerte, descaradamente plural, también desde el punto de vista cultural: son muchas las lenguas que se hablan (además de las cuatro que tienen la condición de oficiales), y todas merecen reconocimiento y respeto; son decenas las religiones que se practican y las creencias que dan sentido a muchas vidas (que las leyes protegen y amparan); son diversas las formas de vida individuales, familiares y comunitarias, que gozan de una amplísima tolerancia (tolerancia de la buena) entre una ciudadanía celosa de unas libertades tan tardíamente conquistadas; y así podríamos seguir con cada una de las incontables dimensiones de lo humano y de lo colectivo...

Porque, al ser la española —o al menos aspira a serlo— una sociedad libre y plural, por esta misma razón es también compleja y conflictiva. La complejidad es un atributo inherente a un pueblo desarrollado, demográficamente poderoso, económicamente en transición, científicamente avanzado y tecnológicamente al día. Y la conflictividad es compañera inseparable de todo núcleo humano (desde la familia al grupo de amigos, la empresa, el municipio o la nación) que ponga por delante la libertad y el diálogo frente a la imposición o la obediencia ciega. El problema no radica en el conflicto o, lo que es lo mismo, en la diversidad de puntos de vista, de proyectos o de soluciones alternativas posibles, sino en la forma de percibirlo, de afrontarlo, de gestionarlo, de resolverlo si es posible (que no siempre lo es).

Porque —digámoslo alto y fuerte— la educación intercultural no es (como algunos pretenden y dicen) una educación especial para inmigrantes extranjeros; ni un tratamiento educativo específico para el alumnado que no domina el español (o alguna de las lenguas oficiales en España); ni una formación diseñada ex profeso para pobres y marginados

de diverso signo; ni mucho menos un reducto acotado para niños, niñas y jóvenes gitanos. La educación intercultural es una educación para todos, porque todos deben adquirir los saberes y las competencias que les habiliten para manejarse con autonomía y conocimiento de causa en el mundo que les ha tocado en suerte. Puestos a decir, una educación intercultural es más necesaria incluso, si cabe, para aquellos que viven en entornos sociales o centros escolares escasamente heterogéneos, para aquel alumnado encerrado en un círculo de certezas rocosas, de identidades monolíticas, de relaciones selectivas, de saberes exquisitos.

Porque la educación intercultural no consiste tampoco en la incorporación de elementos, personajes, situaciones o producciones procedentes de “otras culturas” (como se acostumbra a decir de forma harto imprecisa) a unos currícula escolares ya de por sí excesivamente sobrecargados, como si esas “otras culturas” fueran (a diferencia de la “nuestra”) objetos perfectamente delimitados, definidos, inamovibles, homogéneos y perennes... Ni debería convertirse en una apelación afectada y sentimentaloides a determinados principios y valores, valiosos en sí mismos, por supuesto, pero absolutamente desconectados de la vida real de los centros educativos y de la conflictividad presente en las relaciones interpersonales e intergrupales que se dan en el espacio público.

Porque educar interculturalmente significa promover una formación más científica, más funcional, más completa, más representativa y más justa. No nos sirve una cultura académica que nos incapacite para comprender lo que conocemos a través de los medios de comunicación, de las redes sociales o, en general, a través de las tecnologías de la información y la comunicación: ¿Qué sabemos de China más allá de algunos lugares comunes? ¿Y de los indios o de los japoneses? ¿Es la filosofía un producto exclusivo de Occidente, como podría deducirse de los libros de texto al uso? ¿Será cierto que africanos y latinoamericanos sólo acceden a la historia humana cuando entran en contacto con los europeos? ¿Será verdad que la Ilustración es un peaje que deben pagar todas las sociedades para ser democráticas y libres? Por más que la pedagogía progresista del siglo XX, o el lenguaje de las competencias en la actualidad, pongan el acento en la aplicación y la transferibilidad de los aprendizajes, todavía hoy

¿POR QUÉ UNA EDUCACIÓN INTERCULTURAL?

Xavier Besalú

se da un desajuste de dimensiones descomunales entre el mundo escolar y la vida cotidiana; y eso vale tanto para las matemáticas como para el lenguaje, para la física y para la historia, para la tecnología y para la música: ¿por qué la mayor parte del alumnado acaba fraguando en su cerebro dos dominios superpuestos e incommunicados entre lo que sirve para aprobar exámenes y lo que sirve para la vida? ¿Cómo podemos seguir alimentando la tesis de la supremacía occidental? ¿Cómo podemos seguir clasificando sutilmente la humanidad en función de unos rasgos fenotípicos o de unos supuestos niveles civilizatorios, cuando el concepto de raza no resiste ningún filtro científico? ¿Cómo podemos seguir explicando las relaciones económicas globales sin referencia a las injusticias y agresiones del pasado y del presente, sin alusiones a chantajes, ventajismos y maldades en formatos diversos?

Porque educar interculturalmente no es otra cosa que hacer efectivo lo que prescriben las leyes: una educación de calidad para todos; una educación que haga frente a las desigualdades que impiden o condicionan el éxito educativo y social de todo el alumnado, que respete y ponga en valor las diversidades que le son inherentes. Porque educar interculturalmente no es una innovación más entre la lluvia de novedades, urgencias y modas que continuamente recaen sobre el sistema educativo; ni tan sólo se trata de un proyecto estrictamente pedagógico (de una determinada escuela pedagógica) o exclusivamente ético (relativo sólo a la educación en valores). Se trata de hacer realidad el derecho de todos a la educación, porque a día de hoy ya no puede ser considerada un privilegio de unos pocos, sino una garantía de que todos los niños, niñas y jóvenes serán atendidos sin condiciones previas, de que todos ellos saldrán del sistema con las competencias básicas adquiridas, sea cual sea su punto de partida y sean cuales sean sus déficits de entrada (este es el auténtico sentido de una escuela inclusiva y universal) y que todos encontrarán en él el estímulo suficiente para desarrollar al máximo sus capacidades, sus habilidades, sus intereses y las bases para poder seguir aprendiendo a lo largo de toda su vida. Ni más, ni menos.

Xavier Besalú

Profesor de Pedagogía de la Universidad de Girona, vicepresidente de GRAMC (Grups de Recerca i Actuació amb Minories Culturals i Treballadors Estrangers) y socio de Ciudadan@s por la Educación Pública.

www.yoestudieenlapublica.org